

**Vislumbres**

**Edición N.º 1 - 2025**

**Generen vocaciones, no  
empleos.**

**Jacques Sagot**

**Luis Méndez**



[Escriba aquí]

## **¡Generen vocaciones, no empleos!**

**Jacques Sagot**

Por enésima vez. La misma cantaleta. La que tengo más de medio siglo de oír. La que ya ni siquiera me irrita, sino que me sume en el tedio (síntoma alarmante, toda vez que Ortega y Gasset dijo que “la vejez comienza cuando perdemos la capacidad de indignarnos”). Pues senil he de estar, porque esto ya no me indigna. Lo oigo como quien oye el monótono, isócrono, implacable martilleo de una lata de zinc desprendida de un techo, y atormentada por el viento.

Durante el último proceso electoral, uno de los candidatos a la presidencia de la república anunció la creación de doscientos mil nuevos empleos, de llegar a poner sus mayestáticas posaderas en la silla imperial. No comprendo cómo este mediocre tipejo puede salirnos con un sonsonete tan gastado y roído por el tiempo y todos los presidentes que lo han precedido. ¡Generar empleos! ¡Vaya motto guerrero! El Mío Cid y el noble Rolando tenían sus inconfundibles gritos bélicos, pero el de este señor no arengaría a una hilera de hormigas que se extendiese de una canasta de picnic al tronco de un viejo árbol.

[Escriba aquí]

Los políticos siempre prometen empleos. Lo que nadie se detiene a considerar es: ¿representan esos empleos el ideal de vida de los ciudadanos, responden a sus más íntimas vocaciones, satisfacen su proyecto de existencia, son trabajos que siempre soñaron con desempeñar? De lo contrario estaríamos creando un fenómeno en masa de alienación laboral (Marx). El ser humano debe trabajar en aquello que ama. No puede traicionar sus más profundas dilecciones, los sueños de toda una vida. No basta con trabajar (cosa que nos asegurará a lo sumo tener un plato de sopa para la cena): es preciso hacer lo que se ama y amar lo que se hace. De lo contrario la vida se convierte en un infierno de tedio, frustración, absurdo, fatiga, spleen: todos nos convertimos en Shirley Valentine (la heroína de la obra teatral de Willy Russell que fue llevada a la pantalla en 1989, e interpretada en Costa Rica en 1991 por la grande, inolvidable Haydée de Lev, bajo la dirección ese otro coloso que es Daniel Gallegos).

Encarnamos el mito de Sísifo. Levantarse cada mañana de la vida con un grillete amarrado a los pies. Ir encadenados a invertir las mejores horas de los mejores días de los mejores años de nuestras vidas haciendo algo que

[Escriba aquí]

detestamos, y con cuyos principios quizás estemos en profundo desacuerdo.

¡Y todo por un plato de sopa! Y no crean que subestimo la sopa: Honoré Daumier me enseñó a aprender su inmenso valor en su portentoso dibujo La Soupe: esos recios trabajadores –la mujer con el niño en brazos, sobre todo–, con sus músculos a lo Miguel Ángel, su aspecto de obreros, de gente humilde que hace de la sopa un ritual familiar... Por supuesto que eso me conmueve hasta las lágrimas –confieso–. Pero un ser humano cuya vida se hubiese limitado a trabajar para comprar su derecho a un plato de sopa diaria sería un ser humano que ha sobrevivido, que ha gastado toda su savia vital haciendo ricos a otros. Son personas que trabajan en un escritorio ajeno, sobre una computadora ajena, con papeles ajenos, membretados para una empresa ajena, liderada por un jefe ajeno, sirviendo intereses ajenos, en un mundo ajeno... son seres enajenados: no tengo otra forma de describirlos. Seres que se tornan ajenos a sí mismos.

El término “enajenación” debe ser aquí tomado en su sentido jurídico: desposeimiento. De sí mismos. De sus sueños, ilusiones y vocaciones. Es la esquizofrenia que

[Escriba aquí]

Gilles Deleuze consideraba inherente al sistema capitalista: el sujeto escindido, divorciado de sí mismo.

Siento un inmenso respeto por la palabra “vocación”: etimológicamente procede de la palabra “llamado”. Todos tenemos un “llamado” –o varios– en nuestras existencias: desoírlos es un error por el que se paga toda la vida, es un acto de traición para con nosotros mismos. No basta con “repartir” trabajos a diestra y siniestra. Salvo en una situación de postguerra, o de abismal crisis económica, ese trabajo no será visto como una bendición, sino antes bien como una calamidad. Ciertamente: el obrero celebrará su trabajo: ahí tiene asegurada su sopa y la de su familia durante algunos años. Pero si su corazón no está en lo que hace, ese Valhala pronto se convertirá en Helheim (el infierno de la mitología nórdica). Maldecirá su tiempo en flor, su clepsidra que se vacía estérilmente, los sueños cancelados, abortados, porque la sociedad hizo de él una tuerca, una palanca, una polea, un pistón más en el laminante engranaje social. Y se sabrá atrapado, y llorará por la falta de opciones, por la raquílica mano de cartas que el destino le deparó. Sucumbirá a la amargura, o al alcohol, o a la disipación, o simplemente guardará silencio y para no afligir a su familia pretenderá El protestantismo glorificó,

[Escriba aquí]

sacralizó –¡e impuso en todo país donde su ideología prevaleció! – el trabajo, cualquiera que fuera su naturaleza. Es un fenómeno que Max Weber explora brillantemente en su obra clásica *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. sentirse bien (¡tremendo sacrificio personal!).

Yo no comparto este sentir. El trabajo enajenante es una maldición, una patología social, el tormento de toda una vida. Escrivá de Balaguer fundó toda una línea de pensamiento ético teológico basada en la sacralidad y el efecto ennoblecedor y dignificante del trabajo. Discrepo. El trabajo puede ser un grillete, una cadena, una celda de máxima seguridad, y tener un efecto degradante, stupidizante y envilecedor sobre la criatura humana.

Así que cuando politicastos como este mentecato me salen con el traído y llevado cuento de la creación de empleos, a mí me dan ganas de vomitarme en sus caras. El desempleo es un indicador económico: hoy en día vivimos pendientes de los “indicadores económicos”. ¡Como si unas cuantas cifras pudiesen realmente cuantificar el nivel de bienestar de una sociedad! ¡Ah, pero Dios nos libre de descalificarlos: los “indicadores económicos” son como los signos vitales que el médico percibe en el cuerpo de un enfermo agonizante! ¡Además, son algoritmos, son

[Escriba aquí]

números, son cifras, son estadísticas, es decir: la palabra misma de Dios iluminando el sendero de nuestras vidas! ¡Pssst! La estadística es la más sobrevalorada rama de las por demás venerables matemáticas. Roberto Murillo, el gran filósofo costarricense, amigo muy querido, solía decir: “La estadística es como la tanga: revela todo menos lo esencial”.

Sí, sí, es un chiste sexista, ¿y qué? Roberto era un genio, lo conocí muy bien: a ese nivel de talentos se les puede perdonar un poco de sexismo. ¡Faltaba más!

Los candidatos – candidatos deberían cesar con su eternamente renovada promesa de “generar empleos”. Con ello lograrían, a lo sumo, que la ciudadanía pueda irse a la cama deslomada después de un día entero de trabajo con un plato de sopa en la pancita. No es poca cosa. Pero estamos lejísimos de una sociedad en la que cada individuo pueda autorrealizarse, encontrar su nicho de trabajo ideal, poder invertir su energía vital en algo que le resulte significativo, y que quizás ame entrañablemente. Pienso en Hombres y Engranajes, de ese titán del pensamiento que es Ernesto Sábato –a quien tuve el honor de conocer–. Se trata de constituir una sociedad de hombres, no de engranajes. Se trata, como bellamente lo sugiere

[Escriba aquí]

Saint-Exupéry en el último episodio de *Terre des hommes*, de concederle a cada hombre y mujer sobre la tierra, la oportunidad de ser Mozart, si en alguna reconditez de su alma tienen el germen del genio.

Cierro esta reflexión con un fragmento del artículo publicado por Luis García Montero en el periódico *El País*, de España, el 8 de enero de 2022, con el título “La inteligencia artificial no existe”.

Helo aquí. “Para comprender que no es lo mismo tener un empleo que tener una vocación, pocas lecturas son tan aconsejables como una conferencia de Juan Ramón Jiménez escrita en 1936, titulada *Política poética*. Quien tiene un empleo hace su labor para ganar dinero; quien tiene una vocación consigue que el amor a su trabajo sea un ámbito de compromiso humano. No solo se trata del dinero, sino de la ética que uno elige para relacionarse con los demás.

El trabajo gustoso de Juan Ramón Jiménez, que cuidaba las palabras con amor de poeta, le hizo fijarse en el amor de un jardinero de Sevilla al relacionarse con sus flores, un regante granadino con el agua, un carbonerillo de Palos de Moguer con su burra y un mecánico malagueño con los motores. “Los coches quieren también su mimo”

[Escriba aquí]

–afirmaba el mecánico, esforzándose en evitarles las averías y los accidentes a los viajeros–. El amor, precisa Juan Ramón, es la ganancia poética de la vida, una ganancia de profundidad ética en la convivencia”.